

Primera etapa. - Montserrat ha sido siempre eterna fuente de paz. Un eterno Evangelio natural abierto a los ojos de todo el mundo. Por ello son interminables los visitantes, los romeros, los peregrinos que continuamente guían sus pasos hacia aquella imponente montaña y maravilloso monasterio.

Esta vez, quince guixolenses escogieron la oportunidad ofrecida para un bello viaje a la santa montaña, siendo uno de ellos el que estas impresiones escribe. Y en la mañana del día 20 del mes pasado a las siete y media, este grupo iniciaba la partida hacia Gerona como primera etapa. Un coche que siempre hace el mismo recorrido bajo el siguiente anuncio: «Servicio por carretera». Apretones. Gente que se va colocando a la buena de Dios. Un cobrador del pasaje que para lograr el cobro del mismo se ve obligado a hacer levantar a todos los viajeros del pasillo central. Forcejeo. Tan pronto empieza a ponerse en marcha el autobús, empieza a hablarse con más o menos vehemencia, según la intensidad del ruido del motor.

En medio del diálogo, surge el espectro de los viajes: el mareo. Se habla de él para que nos pille adormecidos. Pero al mismo tiempo se habla de unas pastillas maravillosas para combatirlo y vencerlo. Nos cruzamos en el camino con algunas campesinas que acuden al mercado de San Feliu. Sta. Cristina de Aro lleva trazas de haber madrugado bastante; sus moradores andan espavilados cada cual a lo suyo. También encontramos a una pareja de la benemérita Guardia Civil que apostados uno a cada lado de la carretera nos aseguran su salvaguarda. Pero un farol del coche mirando bizco o un bocinazo a destiempo, podría convertirse en un papel duplicado o triplicado. Más ade-

Excursión a Montserrat

lante, hacia Quart, alcanzamos a nuestro «carriet», el de las siete menos veinte. Lo dejamos atrás, como es de suponer y entre nosotros, dentro del coche que dice hacer servicio por carretera se encuentra uno de los dirigentes de la línea férrea. Ya en Gerona, en la estación de Francia, nos reunimos con el grueso de la expedición. Es la peregrinación, que compuesta por trescientos sesenta romeros y organizada con una perfección admirable por el Obispado de Gerona, se dispone a rendir homenaje de acendrada devoción a su «Moreneta», a su Virgen de Montserrat, allá en su sitio en la famosa montaña.

La Salida

Se hace en un tren especial para la expedición. Magnífico servicio puesto por la R.E.N.F.E. sin regateos de plazas ni de otra especie. Miró al reloj de la estación para consultar la hora de salida. Es imposible saberlo puesto que el reloj debió sufrir golpes, ya que tiene unas franjas de papel adheridas para precaver la rotura definitiva del cristal. Eso impide ver sus agujas. Y ello me recuerda aquel pueblo que construyó aquel reloj de sol y luego lo cubrió para que se conservara indefinidamente. Partimos alegremente ante la perspectiva que nos espera. Se detiene el convoy solamente en las estaciones de la diócesis de Gerona para permitir la recogida de los romeros pertenecientes a la misma. Luego, viaje directo, deteniéndose solamente en Barcelona para proceder al cambio de la máquina de carbón por la eléctrica. Quieras que no, aquello nos da importancia. Todavía más cuando a nuestro paso por ciertas estaciones, podemos leer un cartelito que dice: Este tren no admite viajeros. Tren especial». Y así velozmente, llegamos al pie de Montserrat, en Monistrol, teniendo ya a nuestra disposición el cremallera. Subimos. Pronto nos encontramos con Bobi, ¿Qué quién es Bobi? El perrito guarda barrera que todos sabemos y conocemos. Es una de las tradiciones montserratinas que data del 1892. ¡Admirado perrito! Le hechamos monedas como se acostumbra a hacer. Y él sigue impassible, indiferente a aquello porque tampoco tenía importancia para sus antepasados y seguirá lo mismo. Bobi solamente sabe del cumplimiento de su deber. Ahora solo pedimos que esta tradición sea siempre fruto de la paciencia del hombre, porque Bobi es el precio que se merece.

Poco más tarde, después de haber hecho «si» «si» con la cabeza según decía a una linda viajera, al compás de la marcha del cremallera, nos acoge Montserrat que ya venía manifestándonos como una buena nueva de las bellezas puras de la Tierra, como un anuncio de los altos reflejos de la Creación.

La permanencia

Nuestro primer acto es el de ir a saludar a la Virgen, recibiendo antes la bienvenida en la persona del Padre Abad. Y ante aquella maravilla de maravillas que es el Monasterio, recogidos en la plenitud celestial de su cenobio, entonamos el «Virolai» y la «Salve». A continuación, el desfile ordenado acompañado del beso inmarcesible a la mano de la «Moreneta». Como término de aquella jornada, asistimos acto seguido a las Vísperas. ¡Ho, Padres Benedictinos! Romeros de Eternidad, Columnas a la Fortaleza. Perduración, y perduración, junto a aquellas moles ciclópeas. Que impresión recibida en sus Vísperas. Suenan el órgano y se llenan los acordes de los resplandores de una mística franciscana. Y sus voces, mensajes eternos de divinidad, se elevan en viaje infinito.

Hecho el silencio más absoluto dentro del cenobio a la desaparición del último padre en el altar y el apagado de las lámparas principales, salimos al exterior. Instintivamente miro al cielo, ya de noche y se me aparece rutilante, completamente estrellado. Allí cerca, mudos, estáticos, vislumbro entre la penumbra a los colosos de la montaña, montando su guardia permanente. Y en la paz augusta de Montserrat, cada cual se retira a su celda correspondiente.

Son la seis y cuarto del día siguiente. El son de las grandes campanas del Monasterio me despierta y en aquel momento, dentro de la cama, presiento la grandeza de aquel campaneo que se eleva de entre aquellas moles graníticas y éstas se cuidan de lanzar su eco por la inmensidad de los valles y por allá de los tiempos.

Acudimos enseguida a la misa de honor de nuestra romería. Antes, contemplo la lejanía con sus bosques, caminitos, montañas y algún que otro pueblecito. A levante, en la línea divisoria entre cielo y tierra, surge rápido el sol, como ascua al rojo vivo. El llano empieza a ser cubierto por una tenue neblilla que parece celosa de las miradas profanas. Más tarde, ya no será tenue, sino que se convertirá en un mar de niebla pero que nada podrá ante la fuerza del sol o el empuje de los vientos. Montserrat, no obstante, permanece claro, sin velaciones climatológicas.

Tiene lugar la misa. Ahora son las voces verdaderamente angelicales de los «escolanets», quienes nos transportan a un mundo celestial ¡Ho, Verdaguer! ¿por qué cantastes la muerte de uno de tus amigos? ¿O es que quizá con ello se nos muestra otro inefable camino de eternidad? Beatitud angelical la de ellos. Esencia de la vida llama perenne junto a las de aquellas otras de las lámparas votivas.

(Termina en la página 3)

ANCOYA